

Homilía
Fiesta de Santa Rosa de Lima
30 de agosto de 2020
Basílica Santa Rosa. Fiestas Patronales.

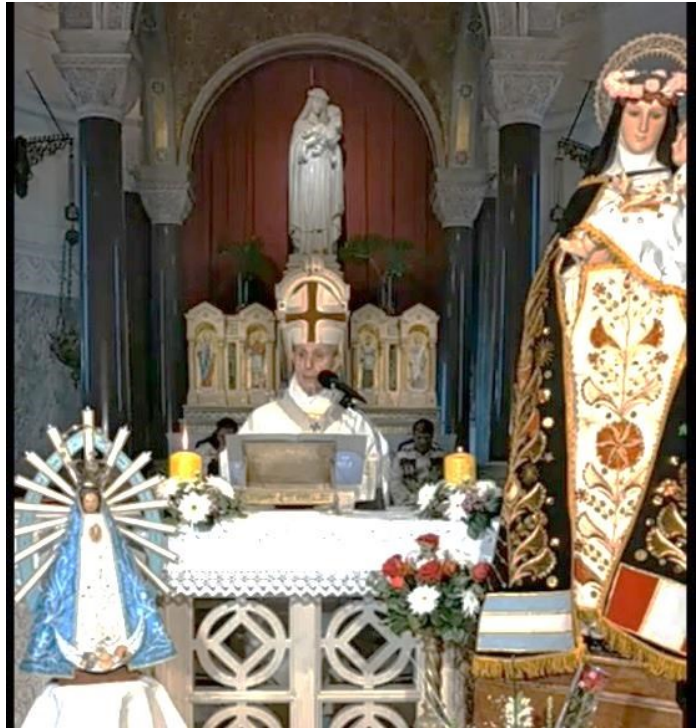
✠ Card. Mario A. Poli
Arzobispo de Buenos Aires

Muchas felicidades a todos los devotos de Santa Rosa, los que nos están viendo y también los que nos escuchan. Seguramente el próximo año vamos a poder venir al templo como suelen hacerlo para la fiesta de Santa Rosa para darle culto, para agradecerle, pedirle y también para meditar su vida.

[...]

En esta oportunidad quiero detenerme a valorar la vocación de Rosa. Cómo ella valoró el tesoro que tenía en su corazón, esa moción del Espíritu Santo que sintió desde muy pequeña y que a partir de los 20 años quiso concretar empezando un camino de búsqueda.

Vamos a recordar que en la primera hora de la evangelización de América Latina, un racimo de hombres y mujeres buscaban agradar a Dios en todo. Entre ellos se cuentan Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo, el Obispo que la confirmó; Santa Mariana Paredes, la azucena de Quito; San Martín de Porres y San Juan Macías, que andaban por las calles de Lima y por los conventos; San Francisco Solano, el misionero peregrino que llegó hasta la Argentina; San Pedro de Betancur, el amigo de los enfermos, creador de los hospitales en América Latina y no nos olvidemos de San Pedro Claver, misionero entre los esclavos que venían de África. Un tiempo después ofrecían sus vidas Roque, Juan y Alonso los Santos mártires rioplatenses.



Como vemos, ejemplos no le faltaban a Rosa. Todo esto se sabía. No tenían los medios de comunicación de hoy, pero de voz en voz se comentaba esta santidad de vida que Dios había regalado a comienzos de la evangelización en América Latina.

Cuando despertaba el Siglo XVII, la ciudad de Lima -llamada Ciudad de los Reyes-, se había convertido en un centro de fervor misionero de donde partían las Órdenes mendicantes que componían la fuerza evangelizadoras de la Iglesia: franciscanos, agustinos, mercedarios, dominicos, jesuitas y la orden hospitalaria San Camilo de Lelis. Componían esa entusiasta legión de frailes que se disponían a recorrer los infinitos caminos del Nuevo Continente. Todos salían de Lima y necesitaban la oración de una mujer contemplati-

va que rece por ellos, que sostenga con su piedad y su sacrificio la tarea misionera de otros. Y ahí estuvo Rosa, la recomendada de Dios. Ella acompañó también con exhortaciones a sacerdotes conocidos, para que tuvieran confianza en Aquél que los enviaba, para que se lanzasen fervorosos a los caminos del evangelio, para salvar almas.

Los concilios provinciales y los sínodos diocesanos que había celebrado el Santo Arzobispo Toribio de Mogrovejo, fueron los grandes momentos que el Espíritu regalaba a la Iglesia de entonces, como rostro de un nuevo Pentecostés.

Transcurren para entonces los años juveniles de Rosa, y crece en su interior una inquietud espiritual y se pregunta dónde consagrar sus días, dónde poder contemplar a Dios sobre todas las cosas, vivir en fraternidad en una comunidad que la ayude a crecer espiritualmente.

Acaso tenía que ingresar a alguno de los conventos que recientemente se habían abierto en su ciudad. Pero existía una forma de agradar a Dios que ella no conocía: podía santificar sus días sin sujetarse a una disciplina religiosa como le aconsejaban varias voces autorizadas, sus confesores, por ejemplo. Y mientras deliberaba, su mirada estaba puesta en su Esposo Amado, su tesoro, su perla, y ordenaba toda su vida interior con el deseo de configurarse a Él, de tal forma que sus penitencias trataban de limitar lo que padeció durante su pasión. Parece que ella dice *no conozco otro camino al cielo que no sea la cruz de Cristo*.

Aquella corona de engarzadas puntas que hería sus sienes era una delicada y oculta muestra de su afecto espiritual por Jesús. Bastaba un golpe de sus puños para que aquellas púas se hundiesen en su carne cuando recibía los halagos de su connatural belleza. Sabíamos cómo desde los quince años Rosa viste un austero y rústico sayal franciscano primero, lo hizo durante varios años, y con ello logra desfigurar su natural encanto y líneas graciosas de su cuerpo, ante el revoloteo de los pretendientes.

Existían por entonces tres casas religiosas de clausura. Una de ellas era de las Clarisas, recientemente fundada por Santo Toribio de Mogrovejo, que prosperaban en número y virtud. Era una casa de oración austera, de rigurosa ascesis y trabajo duro, a lo que nuestra Rosita no rehusaba, por el contrario sentía gran atracción pues desde que había vestido aquél hábito franciscano practicaba esa vida pobre y penitente, sujetándose a la obediencia y a la humildad, virtudes que brillaban en el ideal de aquella fundación.

Cuando todo estaba dispuesto para entrar en esa comunidad de hermanas clarisas, su madre Doña María Oliva puso como excusa la pobreza de su familia numerosa. Rosa dejaba una familia con doce hermanos, todos pequeños, y al mismo tiempo su anciana abuela, Isabel Sofía, se enferma gravemente reclamando los cuidados de su entrañable nieta. Serena y viendo en esto la mano de la providencia, Rosa dejó pasar esta oportunidad. No entró en las clarisas.

Una segunda casa de clausura espera contar entre sus miembros con quien ya tenía reconocida fama de virtud en la sociedad limeña. Era el convento de la Encarnación de las religiosas Agustinas. Su hermano Fernando, compinche de Rosa, hizo los buenos oficios y logró que admitiesen a su hermana. Esta vez la familia no puso ninguna resistencia y un domingo abandonaba el solar paterno para dirigirse al convento. Al pasar frente a la Iglesia de Santo Domingo decidió ingresar y pedir la bendición a su Madre la Virgen del Rosario, bastó con ponerse de rodillas ante la imagen de la Madre para quedar de tal manera sujeta de un extraño arrobamiento que ni con la colaboración de las fuerzas varoni-

les de su hermano pudieron sacarla de aquella prenda misteriosa. Pasadas las horas de ese trance, con el ocaso del domingo, pasó también la posibilidad de su ingreso y regresó a su casa.

Todavía una tercera propuesta vino de la mano del contador Gonzalo de la Masa, un amigo de la casa, un protector de Rosa, un hombre que le había abierto la casa a su familia y donde Rosa pasó mucho tiempo como huésped y servidora a la vez. Conociendo el genio y la delicadeza de Rosa aquél cristiano pensó que el mejor lugar para su protegida era el convento de las Franciscanas Descalzas, que también prosperaba en Lima.

Esta vez Rosa no estaba convencida que esa fuese su vocación, y para no desairar a su benefactor puso a consideración de una Junta de reconocidos teólogos el discernimiento sobre su ingreso a esa familia de religiosa y dijo que se sujetaría a su dictamen. Sucedió que los maestros no se pusieron de acuerdo, las posturas fueron tan irreconciliables que Rosa vio nuevamente el signo del cielo, de que ese no era su lugar.

Conforme se desvanecía su ingreso a alguna comunidad de religiosas de clausura, se agigantaba el deseo de imitar en todo a su maestra espiritual Santa Catalina de Siena, hoy doctora de la Iglesia. Seducida por su doctrina de amor a la pasión del Señor, de incondicional adhesión a la Iglesia decidió vestir el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo para conformarse como verdadera discípula con la perfección heroica de tal doctora de la Iglesia. No solo lo exterior del hábito sino el interior de las virtudes.

Ese día glorioso llegó el 10 de agosto de 1606 en la Iglesia de Santo Domingo de Guzmán, en la fiesta de San Lorenzo Mártir. Su confesor Fray Alonso Velázquez, en ese tiempo, delegado por el Provincial de los Padres Dominicos, solemnemente le puso el nuevo vestido blanco y su escapulario negro en las manos temblorosas de Rosa ante el esplendoroso altar de Nuestra Señora del Rosario.

Ella había cumplido 20 años y para entonces ya había encontrado efectivamente el lugar de su vida, su casa paterna para ascender por el camino de la virtud en medio de la vida cotidiana. Ahí se dará el encuentro con la intimidad divina, el servicio a los pobres florecerá el jardín interior de sus ofrendas, tremendos sacrificios, virtudes y dones recibidos desde lo alto, todo era para conseguir el tesoro y la perla divina.

Hoy Rosa nos enseña que en el camino de nuestra vida a veces tardamos, como ella, en encontrar nuestro lugar. Pero Dios siempre, aunque es sinuoso el camino y a veces nos hace esperar, nos ayuda a conseguirlo.

Rosa encontró su lugar: la vida cotidiana en su casa. La Superiora iba a ser su madre, y se sujetó a su obediencia y en ese lugar santificó sus días, con la oración, el amor a los pobres, y rezando por los misioneros.



Mons. Poli con los sacerdotes de la parroquia. El párroco Sebastián Sury, el Vicario Gustavo Gil, y los pbros. Eduardo Trabucco y Rubén Soto